



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SEI186928

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL



DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI

FRANCESCA BUGLIANI KNOX

ELENA BUIA RUTT

YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN

CHIARA GIACCARDI

SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH

AMY-JILL LEVINE

MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ

GIORGIA SALATIELLO

CAROLA SUSANI

RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI

SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

SILVINA PÉREZ

Esta edición especial en castellano
(traducción de Rocío LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Rostros de madre

Muchas mujeres dan testimonio de esto: dar a luz a un hijo es un acto de amor y un momento de alegría inexplicable. Pero las condiciones concretas en que esto ocurre todavía son problemáticas hoy en día; y no solo por los dolores de parto en sí, por ese sentido atormentado del fin del que una nueva vida forma parte misteriosamente. En los países más pobres, las madres a menudo arriesgan la vida y la de sus hijos por falta de atención médica. En los países industrializados, las presiones sociales, los problemas económicos y laborales hacen que la maternidad sea menos deseable.

En Occidente, además, al conflicto interno entre el deseo de ser madres y el atractivo de otros objetivos sociales, se suman las muchas incertidumbres relacionadas con la relación de pareja y las nuevas formas de crianza. Pero las tensiones y las incertidumbres, las resistencias también, se convierten en un terreno fértil para la reflexión. Y la reflexión sobre la maternidad se transforma aquí en una invitación general a recuperar, con valentía, dos puntos firmes. El primero es que concebir y dar a luz responsablemente a una nueva vida constituye el eje de la vida social y el principio generador de la paternidad misma. El segundo punto, igualmente importante, es que en cada nacimiento surge un mundo nuevo, que pide ser cuidado, acompañado espiritualmente, presentado al bien y la belleza, nunca sofocado o reducido al objeto de expectativas o diseños egoístas.

Estas consideraciones también conciernen al pueblo de Dios, porque también de la Iglesia nos volvemos hijos, no por nacimiento físico sino por “nacimiento de lo alto”, “del agua y del Espíritu” en el momento del bautismo. Y en consecuencia, de la Iglesia esperamos, de acuerdo con la condición de cada uno, un acompañamiento espiritual y sacramental constante, generoso, caritativo y compasivo. «Mujer, ahí tienes a tu hijo», dice Cristo crucificado a su madre y, al discípulo amado, «Hijo, ahí tienes a tu madre». Por lo tanto, la Iglesia está llamada a imitar la generosa acogida de una mujer, María. En ella, maternidad y natividad son inseparables, un binomio cuya importancia corre el riesgo de ser descuidado y que, en la Iglesia, es más fácilmente reconocido por los humildes porque, en palabras de Isaías: «El buey conoce a su amo y el asno, el pesebre de su dueño; ¡pero Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento!» (Isaías 1, 3). *Francesca Bugliani Knox*

El autor de 'En el nombre de la madre' reflexiona sobre el misterio de la maternidad y sobre el mensaje de María para las mujeres, migrantes y trabajadoras de hoy



La elección de Miriam, la fuerza de Iosef

DE ERRI DE LUCA

La maternidad es el origen, la formación de un cuerpo dentro de un vientre cerrado y después su nacimiento al aire libre. Es el misterio de la vida de cada uno que renueva nuestra especie en la tierra. El misterio de Miriam/María es especial por las variaciones. Ya otras veces en la escritura sagrada un mensajero de la divinidad había anunciado nacimientos en vientres de mujeres. A Sara la mujer de Abraham, a la madre de Sansón: pero los hijos destinados eran de sus padres. A Miriam se le anuncia un hijo que no es de su legítimo, Iosef/José. Es un anuncio de embarazo fuera de la ley. Miriam lo sabe y lo acepta igualmente de inmediato. Ella queda fuera de la ley, por lo que es una adúltera flagrante. La pena es la lapidación, la primera piedra le corresponde a su cónyuge traicionado. No sucede porque Iosef acepta casarse con ella tal como está, embarazada pero no de él. Vale la pena imaginarlo joven y enamorado: ningún Evangelio nos permite saber si es anciano, viejo, tal como aparece en cada imagen de esa familia. Su nombre, Iosef, en

hebreo significa: El que agrega. Lo muestra con hechos. Agrega su segunda fe, no vio mensajeros, pero cree en la versión de los acontecimientos de la joven amada. Es la explicación más extraña de un embarazo, la más inverosímil. Pero él cree igualmente, no por ingenuidad o credulidad, sino por la fuerza superior del amor. Él tiene una ventaja: escucha la versión directamente de Miriam, mirándola fijamente a los ojos. La verdad es a menudo inverosímil, impactante, insoportable, escandalosa. El primer hombre que se atrevió a decir que la tierra giraba alrededor del sol, fue condenado a muerte por blasfemia en Atenas. Aquí, junto a Miriam, Iosef supera todos los obstáculos y se adhiere a la verdad en virtud de su amor por ella.

Se añade así como segundo esposo de su prometida, salvándola de las piedras de la ley.

Se agrega como segundo padre haciendo un gesto escandaloso también: inscribe a ese hijo con su nombre, ese hijo públicamente no suyo. Ieshu/Jesús se encuentra al final de la lista de nombres con los que se abre el



Evangelio de Mateo, que comienza con Abraham y pasa por David, porque lo ha puesto Iosef, que lo precede, Iosef quien es un descendiente legítimo de esa dinastía. El joven Iosef, esposo de la joven Miriam, se une a esta historia y le permite dar fruto. Él y Miriam juntos son el misterio y su solución.

Los profetas se sorprenden por la voz divina que irrumpe en sus vidas. Algunos vacilan. Moisés se opone por

Una historia mística y terrena

En la tranquilidad de su casa, Miriam, una joven de Nazaret, recibe la noticia que cambiará su vida y la de su prometido esposo Iosef: nacerá un hijo que será el hijo de Dios, Ieshu, y la tarea de llevarlo en su vientre es suya. Miriam acepta sin dudar.

Es una historia mística y terrena a la vez la que se encierra "En el nombre de la madre" del escritor Erri De Luca, reeditada en Italia por Feltrinelli (Siruela, en España) trece años después de su primer lanzamiento. A De Luca, que regresó en septiembre a las librerías con "Imposible", le pedimos una reflexión sobre el misterio de la maternidad y sobre el mensaje de María para las mujeres, trabajadoras o migrantes contemporáneas que cruzan el mar con sus hijos, sin embargo, portadoras de una bendición hoy desconocida por muchos. (Laura Eduati)

ser tartamudo, Isaías por impuro de labios para poder transmitir el mensaje, Jeremías por ser demasiado joven para ser escuchado, Jonás incluso corre en la dirección opuesta. Luego tendrán que doblegarse a la voluntad que los ha querido y elegido. Miriam, joven, no duda en el anuncio, inmediatamente lo acoge y su consentimiento espontáneo la hace «llena de gracia», que está llena de la energía divina que la hace invulnerable a las dudas, a las preocupaciones por la ley quebrantada y la opinión escandalizada de la gente. Miriam luego viaja embarazada y cerca del parto, y al comienzo del invierno, a lo largo de caminos embarrados desde el norte de Galilea hasta el sur de Judea, luego da a luz sola en un refugio improvisado sin ayuda de parteras. Su gracia no es algo para desfilarse en pasarelas, sino la fuerza del combate. Su tranquila determinación, su total confianza en la palabra que la dejó embarazada, es su salvoconducto. Es ella, esa palabra, la que protege a Miriam, Iosef y la criatura en su útero en la adversidad y en la derrota.

He estado a bordo de una nave de rescate de Médicos sin fronteras en el Mediterráneo central. He visto subir a bordo por una escalera de cuerda a mujeres con hijos en brazos. El instinto de protección materno en nuestra especie mamífera es el más poderoso instinto natural. Entonces: ¿Qué era más fuerte, superior a ese instinto, que hacía subir a esas mujeres sobre frágiles botes para navegar a ciegas en la noche, con el alto y atroz riesgo del naufragio? ¿Qué fuerza les empuja a poner en peligro la vida de su criatura? He obtenido la respuesta de un verso de Virgilio, en la Eneida. A la reina de Libia, Didone, que escucha su historia, Enea dice: «La única salvación para los vencidos es no esperar ninguna salvación». Aunque parece una paradoja, es sin embargo la fórmula que explica los viajes de las mujeres y de sus hijos, y sus naufragios, en las noches, en las nieblas y sus colisiones contra el iceberg del rechazo. No esperar ninguna salvación: la desesperación es la fuerza impulsora que aferra una madre y la arroja con su hijo en brazos. Fueron estas madres las que me explicaron qué son los viajes que recorren los abismos y llaman a la puerta a los milagros. Son ellas, las madres, la proa de los botes y de las embarcaciones de fortuna que tienen como su ruta en el cielo la última estrella del Carro de la Osa Menor, que indica el norte. Quien dude de la razón o de las causas de estos viajes, que le pregunte a una de estas madres y sabrá por ellas que son inexorables. No son pasajeros clandestinos, son destinos.

Hoy en día, muchas jóvenes, mujeres, se encuentran siendo madres sin ser dos, que no es el resultado de uno más uno, sino la alianza básica de la vida, que multiplica las fuerzas, no las suma. Estamos en una época que está esterilizando los nacimientos, somos el país más antiguo del mundo en edad promedio, después de Japón. Hoy la maternidad concierne a la sociedad, ya no solo al individuo. Las madres deben ser ayudadas con servicios e concesiones, guarderías, incentivos. La maternidad no debe conducir a mayores gastos y pérdidas de empleos. Tiene que volver a ser una bendición.

A la izquierda, Sandro Botticelli, «Anunciación» (1485) Arriba, a la derecha, Giotto «Natividad de Jesús» (1303-1305, Capilla de los Scrovegni) Abajo, La pequeña Miracle con la madre Peace, ghanesa, sobre el Open Arms justo después del nacimiento hace dos años (foto publicada en twitter por Oscar Camps, fundador de la Ong española).



Madres migrantes: salvadas con sus hijos de la guerra y la trata

Suzan llegó embarazada y con cuatro hijos de Siria, mientras Ester sufrió la esclavitud en Libia

DE FEDERICA RE DAVID

Suzan, de 30 años, llegó a Roma el 26 de junio, embarazada de seis meses. Viajó de manera segura con su esposo y sus hijos en avión, gracias a la Comunidad de San Egidio y los corredores humanitarios para refugiados sirios en el Líbano. Ella es musulmana, pero su hija, nacida hace unas semanas, tiene el nombre de una santa cristiana, Anna. Porque la casa en la que viven pertenece a la parroquia del Vaticano, que la puso a disposición de los refugiados en 2015 después del llamamiento del Papa Francisco.

Suzan se emociona, sonríe, sostiene a la pequeña Anna: «Espero que represente nuestra puerta hacia el futuro».

«Contactamos con San Egidio a través de las redes sociales», dice. «Después de enterarnos por Internet sobre la existencia de los corredores humanitarios. En Beirut vivíamos en alquiler en un apartamento semi abandonado, sin servicios. Y no podíamos pagar la asistencia sanitaria, que allí es privada».

VOCES DE MUJERES

El hijo mayor, Adam, tiene 9 años y tiene una discapacidad debido a esto. «Nació prematuro y cuando rompí aguas, estaba de lado; pero en lugar de cesárea, me hicieron un parto normal y me enviaron a casa». Anna también nació un poco antes, pero en Roma, con la asistencia adecuada; y está bien.

«Aquí, mis hijos (también están Zohér, 8 años, Malâk, 6 y Omar, 2) van a la escuela por primera vez en su vida. De niña yo soñaba con ser médico, pero no pude estudiar... Tal vez Anna, quién sabe... Inshallah», si Dios quiere. «Cuando me fui, tenía miedo, no fue fácil. Pero ahora ya no pienso en regresar al Líbano, aquí encontré una familia, no me siento extranjera». En sus ojos, sin embargo, brotan lágrimas: «Extraño a mi madre y a mi hermana, espero poder traerlas aquí algún día».

Su esposo ha comenzado el proceso de integración: un curso de italiano y, pronto, unas prácticas en un restaurante. «También yo quiero aprender el idioma, trabajar, contribuir a que la familia sea autónoma», dice Suzan.

Mientras tanto, el apoyo proviene de las monjas, sus nuevas amigas: «Usan el velo como yo, solo que el suyo es blanco y el mío es negro. Las quiero mucho, me ayudan, conversamos y les encanta el café árabe que preparo».

Ester, de 22 años, en su último día en el primer centro de acogida de Intersos, prepara la salsa para todos. Es una joven alta y fuerte, madre de una niña de 2 años, Lily, y con orgullo cuenta su historia como víctima de trata.

«En Nigeria estudiaba, no pensaba en irme. Pero en el último año del instituto, en 2017, intentaron matarme: mi novio, el padre de Lily, se había unido a una pandilla. Me secuestraron y escapé; pero estaba embarazada, herida, en peligro, así que decidí irme. Un amigo tenía una hermana en Italia: me encontraría trabajo dijo. Sabía lo que les pasa a las chicas nigerianas, pero ella, por teléfono, me aseguró que era un trabajo como persona con formación, no como prostitución».

Y le dio el dinero para el viaje. Primera parada, Libia: «Fui vendida inmediatamente como esclava, no trabajaba y no me pegaban porque estaba embarazada. Me encerraron en un campo durante tres meses, luego la madame, de Italia, pagó el rescate y me subió a un barco para Calabria». La tripa había crecido y Ester no tenía miedo. «La Guardia Costera italiana nos socorrió, me llevaron al Cara de Bari». Allí, su nueva dueña envió a un hombre a recogerla. «Me pegaban porque me negaba a prostituirme, un día la escuché decir que me haría abortar. Para salvar a mi hija, fingí ceder. Esa noche, me dieron un hombre de Gambia: estoy embarazada



de seis meses, le dije, ayúdeme. Se compadeció y me subió en un tren a Roma».

De aquí a Rieti, donde nació Lily, el 20 de agosto. «Obtuve la protección humanitaria para 5 años. Me enviaron a un Sprar (Sistema de protección para solicitantes de asilo y refugiados) en Calabria, pero no era un lugar para una niña». Por lo tanto, Ester renunció a sus derechos, regresó a Rieti y alquiló una habitación. Pero también tuvo que huir de allí: «El propietario nos acosaba a mí y a la niña». Ahora, a través de la red a la que pertenece Intersos, ha sido reubicada en un lugar seguro. «Estoy aquí gracias a Dios; Creo en él y en la vida, y también en mí misma».

Madres trabajadoras: existe un “plan C” para evitar elegir entre familia y carrera

DE LAURA EDUATI

Sofía Borri, familia de origen argentino, un compañero y dos niñas todavía pequeñas, explica que Plan C es una experiencia a medio camino entre la empresa y una asociación con espíritu de misión. La misión es encontrar un camino nuevo para las mujeres que después de la maternidad a menudo se quedan sin trabajo. «Nos vemos obligadas a elegir no entre hijos y carrera, sino entre hijos y una realización personal, sea lo que sea lo que signifique. Nosotras estamos convencidas de que las mujeres que trabajan son mejores madres y que en paralelo han adquirido habilidades que son muy útiles en el campo de las profesiones: la optimización y la gestión precisa del tiempo, la capacidad de tapar agujeros y resolver problemas son los talentos típicos de las mujeres, en casa y fuera de casa».

Plan C nació en Milán como un espacio de encuentro, co-working y formación para padres primerizos; también trabaja con administraciones públicas y empresas: «Nos gustaría abandonar la mística de la supermujer capaz de hacer equilibrios entre casa y trabajo que hacen colapsar. Prefiero hablar de sinergia entre la experiencia de la maternidad y la experiencia profesional, mundos que han sido separados pero que deben dialogar».

El espíritu de Borri, presidenta de la asociación, está impregnado de optimismo parental: «Rita Levi Montalcini afirmó que las mujeres son nuevas en el escenario mundial y, están trayendo un nuevo modelo de liderazgo diferente del liderazgo de control y vertical de antes, ahora obsoleto. Hoy necesitamos una gestión colaborativa, la gestión autónoma del espacio de trabajo, el rediseño, la capacidad de gestionar un grupo: la maternidad es un grupo de aprendizaje precioso y, en cambio, parece que después de convertirse en madres, las mujeres pierden valor». Debemos superar la idea de que las trabajadoras son madres peores que las madres a tiempo completo: «Una mujer trabajadora le quita tiempo a sus hijos, no podemos pensar que solo exista tiempo de calidad: la cantidad es igual de importante. Una madre en el trabajo



está mejorando el mundo futuro que vivirán sus hijos, y la preparación de un terreno más fértil es una de las tareas de los padres. Y además una madre que coloca a su hijo en el centro produce de forma inconsciente un modelo de amor asfixiado y poco libre que es perjudicial para su crecimiento: un niño es feliz si no siente todo el peso de la felicidad de sus padres sobre sus hombros».

Plan C se dirige sabiamente a los padres, alejados durante siglos del cuidado: «En el trabajo saben moverse mejor, pero pagan el precio más alto por no ser reconocidos como padres. Cuando se convierten en padres, el mundo profesional ni siquiera se da cuenta. En casa, durante siglos, los padres nunca han disfrutado de la belleza afectiva del cuidado, pero esta división rígida de roles es peligrosa y ya no funciona». Borri observa que las parejas con roles tradicionales saltan fácilmente: «Una mujer que se queda en casa después de la llegada de los hijos, encarnando en sí misma el guión de la madre perfecta es una persona que a la larga trae infelicidad a la pareja». Plan C apoya los servicios sociales de los ayuntamientos para ayudar a encontrar un camino diferente en la gestión de las problemáticas familiares, y a menudo nace la participación de los padres que se sienten preparados: «Tener un aliado para criar a un hijo en lugar de un ayudante para ser adoctrinado no le quita nada a nuestros hijos, sino que aumenta a dos el número de padres con los que realmente pueden contar. El punto es dismantelar la retórica de la maternidad perfecta que desalienta a las mujeres italianas a convertirse en madres, más bien las desalienta en dar a luz a su segundo hijo: dado que con el primero fue tan agotador, imagina qué puede suceder después. Las mujeres deben desmoronar el mito de la perfección y la hostilidad que lamentablemente sienten con respecto a ellas; personalmente me gustaría convencer a las mujeres para que tengan hijos, a no ser pesimistas. En Argentina decimos que los niños son criados por el mundo y estoy convencida de que no es cierto que no se pueda: el guión puede cambiar».

Sofía Borri, manager y madre de dos niñas, dice que la conciliación no es solo una cuestión femenina



Dar al mundo (no solo hijos)

El código materno es ejemplar en su capacidad para abrir una forma más humana de habitar nuestro planeta

DE CHIARA GIACCARDI

No somos individuos, pero nos identificamos, escribía Jung, y es un viaje que dura toda la vida. Y siempre es un camino relacional: las relaciones no son nuestro “producto”, sino la condición de nuestro propio ser.

Lo llamo la “paradoja del ombligo”: el centro de nosotros mismos, el centro de gravedad de nuestro equilibrio no es el punto de máxima autorreferencia, sino un “agujero” que muestra una falta, que se refiere a los demás. Antes de ser individuos, fuimos pensados, acogidos, arrullados, alimentados por aquellos que respiraron y comieron por nosotros. El vínculo precede, establece y hace posible nuestra individualidad.

Para mí, la maternidad es una experiencia fundamental original: no todos somos madres, pero todos venimos de una madre. Hemos sido traídos al mundo y, por lo tanto, podemos traer al mundo. Nacimos para comenzar, como escribió Hannah Arendt: y es el sentido más profundo de libertad. Y no se trata solo de dar a luz niños. El vínculo entre generaciones es tan importante como subestimado, y es parte de esa idea de sostenibilidad integral sin la cual es difícil pensar en un futuro humano.

El código materno, en su tensión vital entre comunión íntima y distinción, entre compartir total –de sangre y fluidos– no obstante renuncia a la posesión, es ejemplar en su capacidad para abrir una forma más humana de habitar el mundo. Cuando trata de definir qué es la responsabilidad, el filósofo Emmanuel Lévinas propone precisamente la imagen de «traer al otro»: la maternidad como figura concreta de la ética. El cuerpo de la mujer como primer ambiente del ser humano, un lugar de hospitalidad física y psíquica. Templo de la vida floreciente, escena inaugural de una nueva humanidad.

Convertirse en madre es una experiencia vertiginosa. Una mezcla única de exaltación (¡la vida me ha elegido para propagarse!) y temor (¿estará todo bien? ¿estaré a la altura?), de poder (¡soy el cofre de la vida!) e impotencia (lo que sucederá dependerá solo en pequeñísima parte de mí). Verdad paradójica, coexistencia de los opuestos, más allá de todo dualismo abstracto. La concreción de la vida que se manifiesta en toda su fuerza rebelde.

El momento del parto es un milagro tan portentoso que he querido repetirlo más de una vez. Para mí ha sido quizá el punto de máxima intensidad existencial, donde cada célula de mi cuerpo, cada pensamiento de mi mente, cada deseo de mi corazón estaban concentrados en ese único punto, que no era yo. La paradoja de la vida, del encontrarla aceptando no tenerla y no controlarla. Para mí, el paradigma de cualquier otra relación: hacer sitio al otro y dejarse transformar por ese encuentro, de ese “inicio vivo” (Guardini).

Se recibe a sí mismo de otros, como don inesperado. Olvidándonos de buscarnos, podemos encontrarnos realmente.

Mis hijos me trajeron al mundo. Tanto mis cinco hijos biológicos como los que pasaron unos años de sus vidas con nosotros, y los dos –de dos continentes diferentes– que se han convertido en una parte estable de la familia. «No es la carne y la sangre, sino el corazón lo que nos hace padres e hijos», escribió Friedrich Schiller. *Jus cordis*. Lo digo por experiencia, una experiencia extraordinaria.

Quien soy hoy lo debo mucho a ellos, a lo que he aprendido con ellos. Sobre mí, sobre el mundo, sobre lo que es realmente importante, sobre el sentido de la vida. Sobre la paciencia, sobre el tratar de no confundir las esperanzas que crean con las expectativas que enjaulan. Sobre el ser misericordioso con los fracasos propios y ajenos, que siempre pueden convertirse en algo inesperado y hermoso.

Ser madre reorienta las prioridades y ayuda a deshacerse de tanto lastre superfluo, descubriendo de repente la ineficacia. Reduce el riesgo de «tropezar en uno mismo, enredarse en nuestra sombra», como escribió María Zambrano. Regala una libertad y una ligereza desconocidas antes.

No es un razonamiento, una evaluación, un juicio moral. Simplemente, se ven las cosas de manera diferente.

Un paso que libera, y que también regenera el vínculo conyugal, provocándolo y manteniéndolo vivo.

Para nosotros, que somos sociólogos, nos ayudó a imaginar una salida de los cardúmenes del individualismo. Un camino que no es un modelo abstracto, sino que está enraizado en la experiencia de todos. Lo hemos llamado, a raíz de otros pensadores anteriores, «generatividad social». Es una forma personal y colectiva de pensar y actuar que muestra la posibilidad de un tipo de acción orientada a los demás, creativa, conectiva, productiva y responsable, capaz de afectar positivamente las formas de producción, innovación, vida, cuidado, organización, inversión, dando nueva vida. Es un dinamismo que vivifica y renueva continuamente las formas sociales, evitando el estancamiento y las derivas totalizantes. Es un camino continuo, uno de traer al mundo (¡no solo hijos!), comenzar y luego cuidar, para que lo que hemos traído al mundo o ayudado a renacer pueda florecer; y al final dejarlo ir, porque el punto más alto del amor y la vida es renunciar a la posesión y el control y confiar en la capacidad del otro para ser generativo a su vez.

Lo que está vivo da fruto. Y «donde se crea una obra, donde se continúa un sueño, se planta un árbol, se da a luz un niño, allí obra la vida y se ha abierto una brecha en la oscuridad del tiempo» (Herman Hesse).



Y del vientre de Eva sale el agua de la vida

DE MARINELLA PERRONI. BIBLISTA (PONTIFICIO ATENEO SAN ANSELMO)

Hace muchos años, en São Paulo, participé en un gran encuentro de teólogos latinoamericanos. Entre las cosas que me impresionó en la sala fue un mural enorme que hacía de fondo a la mesa de la presidencia. Hacía referencia al fresco de Miguel Ángel de la creación que domina en la bóveda de la Capilla Sixtina, pero proponiendo una valiente relectura. Protagonistas, en los papeles del creador y la primera criatura, dos figuras femeninas. Esto habría hecho murmurar a personas de pensamiento correcto que no comprenden que, si Dios es Dios, él no puede ser hombre o mujer, y puede ser representado, tanto como hombre como mujer.

Cuanto menos inóvoca la representación, más se garantiza la fe en la trascendencia: es la representación lo que es antropomórfico, no la divinidad. Los judíos (y también los musulmanes) han protegido su fe en la trascendencia mediante el mandato de no hacer representaciones icónicas de Dios: «No te harás ninguna escultura y ninguna imagen de lo que hay arriba, en el cielo, o abajo, en la tierra, o debajo de la tierra, en las aguas» (Ex 20, 2). Por muchas razones, legitimadas incluso a partir de la fe en la encarnación, nosotros los cristianos hemos elegido la cultura de la representación figurativa más allá de la lingüística, tan típica de los escritos del Antiguo Testamento.

Debemos tener cuidado de no convertir a un anciano barbudo en un nuevo ídolo, no muy diferente de los que la fe bíblica combate en nombre de la trascendencia de Dios: «Tienen boca, pero no hablan, tienen ojos, pero no ven...» (Sal 114, 5-6). Esa representación del fresco de la creación, transgresora con respecto a las co-

dificaciones convencionales, no fue una transferencia indebida a la picazón de la novedad transmitida por el feminismo, sino que tenía la fuerza del redescubrimiento de que el Dios bíblico es padre y madre y que el ser humano bíblico es hombre y mujer.

Lo que más me impresionó en esa representación, es que del vientre de Eva salen las aguas del gran río, aguas de las cuales todo lo que está vivo cobra vida. No solo la naturaleza, como para Anuket, la diosa egipcia del Nilo, que presidía la fertilidad de los campos. Ni siquiera las míticas figuras guerreras femeninas de las cuales el río Amazonas tomaría su nombre. Todo, realmente todo, vegetación y animales, libros y máscaras teatrales es transportado por esa agua de vida que viene del vientre de Eva, porque todo lo que está vivo se genera y todo lo que se genera está vivo.

Pienso en la declaración que cierra la larga y compleja historia bíblica de la creación: «El hombre dio a su mujer el nombre de Eva, por ser ella la madre de todos los vivientes» (Gen 3, 20). Para el Adán hombre y mujer, la experiencia vital ahora está completa, ambos saben lo que significa vivir y lo que significa tomar la vida de las manos de Dios, han experimentado su ambigüedad y dolor, no solo el esplendor inicial. Y saben que todo lo que llamamos creación, en los buenos y en los malos tiempos, para bien o para mal, en la alegría y el esfuerzo, todo sucede en presencia del Dios de la alianza, el Dios que sabe cómo dirigirse al autor del Libro de la Sabiduría: «Tú amas todo lo que existe y no aborreces nada de lo que has hecho... Tú eres indulgente con todos, ya que todo es tuyo, Señor que amas la vida» (Sab 11, 24-26).



Mis cuatro hijos del alma me llaman Shalafi



Michela Murgia habla de una práctica generalizada en Cerdeña, que no es ni adopción ni cuidado de crianza. Ella lo vive como hija y madre

DE GIULIA GALEOTTI

No se hace ninguna afiliación del alma poniendo a una familia contra la otra», pero en su caso sucedió. Estamos sentadas en una plaza en Trastevere cuando se acerca un señor: la felicita por su hijo y ella da las gracias, orgullosa como solo una madre puede estarlo. Se ríe de buena gana varias veces durante nuestro encuentro y se conmueve. Porque la excepción y regla están bien fusionados en la persona de Michela Murgia y en la historia que vine a escuchar. Porque de la escritora que –independientemente del tema– sube en el ranking, invade pacíficamente los medios de comunicación y llena las plazas, aquí interesa conocer la relación con la llamada 'filiación del alma', una práctica que tiene una larga historia en la mayor parte de Cerdeña, y que no es ni una adopción ni un hogar de acogida.

«No creo que lo inventaran los sardos, creo que es parte de la experiencia de todas las culturas: la diferencia es que los sardos le dieron un nombre. Y darle un nombre significa mover el eje de la experiencia personal al reconocimiento colectivo. Aunque con pudor, porque el nombre no existe para la función parental: existe para el niño. Se dice que es hijo del alma, pero la persona que toma a alguien como hijo del alma no tiene un nombre, porque ese nombre se parece demasiado a mamá, interceptaría una serie de sensibilidades que no deberían ser tocadas. El niño puede multiplicarse, la madre no, al menos no léxicamente, porque en la práctica de hecho lo es».

¿De qué formas se puede presentar la 'filiación del alma'?

Puede suceder en una emergencia: tu hermana muere durante el parto y tú te quedas el niño. En este caso la

relación se mantiene dentro de la familia. Es más complicado cuando ocurre con terceros, como un vecino o un maestro. Al estudiar el fenómeno, me di cuenta de que, estadísticamente, eran figuras educativas que se acercaban a los niños por rol, pero luego terminaban transformando la función en una relación. Es algo difícil de explicar porque hoy no estamos acostumbrados a imaginar relaciones intergeneracionales fuera de las funciones: las únicas personas que tienen que ver con nuestros hijos son remuneradas por hacerlo, no son amigos de nuestros hijos. Mantenemos todo separado, en el sentido de que los adultos están con los adultos, los niños con los niños. Todo está nuclearizado. El papel de la familia se ha sobrecargado a medida que la familia perdía fuerza como situación social: si hoy la sociedad da cada vez menos peso a la familia, le pide sin embargo que cubra muchas más cosas, cosas que en la cultura campesina eran compartidas.

Una brecha...

Exactamente. La experiencia de la co-paternidad compartida se incluía en una cultura en la que el concepto de autodeterminación prácticamente no existía. En cambio, había una corresponsabilidad de todos en la vida de todos. Había un yo muy limitado y un yo hipertrófico, mientras que ahora es todo lo contrario: los derechos y los espacios del yo son mucho más fuertes, pero esto significa que incluso las fragilidades del yo están a cargo del yo, no del nosotros. Lo experimento: tengo 47 años, vivo en una ciudad que tiene muchas relaciones pero, mirando a los ancianos del vecindario, pienso “¿si envejezco sola qué haré?” En mi pueblo nunca me hubiera hecho esta pregunta porque el vecindario era el primer bienestar, y dentro de ese bienestar era posible desarrollar relaciones que hoy son impensables. Desde la llamada 'comodare' (que de hecho establecía hermandades horizontales) hasta la 'filiación del alma', que generaba familias paralelas con niños que ya tenían la suya, y que a menudo ni siquiera era problemática. Aunque una constante en la filiación del alma era la brecha económica: yo, padre del alma, me hago cargo de un niño que continúa siendo hijo de sus padre y teniendo la unión que siempre ha tenido, pero lo cuido, hago que estudie, y cuando me muera será mi heredero. Es una relación que nace porque se reconoce un valor normativo al amor que otro adulto tiene por tu hijo, es decir esa persona adquiere derechos sobre el niño por su amor y del amor que tu hijo tiene por él. Nadie piensa que esto te quite algo –aunque si de hecho quita, en el sentido de que el niño va a vivir a otro lugar–; lo que sucede es que se amplía un espacio. Normalmente se entra en esta relación entre los 10 y los 12 años, una edad en la que se puede expresar un consentimiento

consciente sobre algo de este tipo. Las personas objetan que son pequeños: la cultura sarda es católica, y el catolicismo reconoce a los niños de 8 años la facultad de confesarse, es decir de asumir la responsabilidad de sus propias acciones.

¿Y el derecho?

Todo lo que el derecho no prohíbe es consentido. Hace dos años me sucedió algo increíble. En cuatro líneas, el *Corriere della Sera* daba una noticia del tribunal de Cagliari que, entre las formas especiales de adopción, reconocía la 'filiación del alma'. El caso era muy bonito: dos vecinas en un barrio periférico de Cagliari se hacen amigas. Una es una mujer sarda, la otra una nigeriana con un niño. Pero tiene otros hijos en Nigeria y cada año va allí unos meses para ocuparse del resto de la familia. El niño que vive en Cagliari ya asiste al colegio y durante las ausencias de la madre, se ocupa de él la vecina. Y bien, las dos mujeres acudieron al juez pidiendo el reconocimiento de la doble crianza femenina en ausencia de un padre, y sucedió. Estaba en un bar y comencé a llorar; el camarero se acercó, “Señora, ¿está bien?” Todo está bien: ¡es un paso civil importante cuando la inteligencia relacional de una comunidad hace jurisprudencia!

Has sido hija del alma...

Mi caso es un poco peculiar porque fui tomada como niña del alma a los 18 años, y para hacerlo tuve que interrumpir la relación con mi familia. Fue una fuerte anomalía que dividió a la comunidad: no se hace ninguna afiliación del alma poniendo una familia en contra de la otra. Le estoy agradecida a mi madre porque ella, en cierto momento, reconoció que las muchas formas en que podría ser hija no podrían estar cubiertas por las muchas formas en que podría ser madre. Si soy la persona que soy hoy, se lo debo tanto a mi madre biológica tanto como a mi madre del alma.

Y tienes hijos del alma...

¡Tengo cuatro! Y solo dos son sardos. Entre ellos se ven, aunque con grandes celos, menos Francesco. Él es el último, y es descaradamente el más querido.

¿Y cómo te llaman, dado que “mamá” no se usa en la filiación del alma?

'Shalafi'. Es una palabra élfica que significa maestra, término alternativo que no genera malentendidos en ningún contexto. Es una palabra que no hace daño a nadie.

¿Un recuerdo?

Hace unos años me diagnosticaron un tumor. Por primera vez me encontré en una relación de madre de alma donde no era la más fuerte sino la más frágil. Y Francesco, que estaba conmigo, dio prueba de una sorprendente madurez y cercanía porque esa es una relación creada para estar en desnivel, porque el niño necesita y tú das. Lo contrario nunca sucede, excepto cuando eres anciano. En cambio a los 40 me encontré en esa necesidad. Cuando le dije a Francesco que me habían diagnosticado un tumor inoperable (iba a tener quimioterapia y una cura experimental que podría fallar), respondió: “Ok, nos trataremos y nos curaremos”. Él usó precisamente este plural. Por poner un ejemplo, mi esposo no lo hizo, este plural no le vino. En la cabeza de ese joven de dieciocho años era normal pensar que la enfermedad le implicaba como si la tuviera él.

«Solamente cuando creces con la certeza de que nadie te pueda mandar cuando aprendes a ser señor de ti mismo» dice tu Elena (en «Los nuevos Herodes», Harper Collins 2019).

En mi vida he experimentado las dos condiciones: ser la hija de un padre dominante (fuertemente vinculada por una voluntad incomprensible y casi nunca compartida) y luego la condición opuesta de la autogestión total. Y cuando de repente te encuentras sin él, la libertad parece un abismo. Convertir esa posibilidad en algo más que una catástrofe requiere una enorme disciplina porque si la única forma en que aprendiste a ponerte límites es la violencia, incluso si no quieres, sabes que puedes hacerlo porque lo has visto hecho. Haberlo aprendido, saber que podría suceder, creo que fue lo que me impidió tener hijos. No he querido tener hijos porque no puedo imaginar cuál de mis métodos podría asumir el control en condiciones estresantes. Porque tengo un método que construí como adulta a través de relaciones y experiencias saludables y paritarias, pero hay una fuerte impronta en el ADN, es un método en el que el amor es un poder, una manipulación y a veces justifica la violencia. En resumen, esa frase es la frase de una mujer que se parece a mí.



Ivano Stocco,
«Together 9»
(2015)

Encuentro
con la madre
María
Emmanuel
Corradini,
abadesa del
monasterio
de San
Raimondo.
“Puedes
tener diez
hijos y no
saber cómo
generar
vida”

El monasterio de
clausura benedictino
toma el nombre de San
Raimondo (1140-
1200) hombre de
oración y de acción,
que fundó los primeros
hospitales de Piacenza



Castidad fértil



DE ELISA CALESSI

En el centro de Piacenza, a lo largo de la calle principal, aparece una pequeña plaza adoquinada. En ella, una iglesia. Todos los días, a las 6.45 de la mañana, llegan entre treinta y cuarenta personas para rezar laudes y escuchar la *Lectio*, el comentario sobre las lecturas, de la Madre María Emmanuel Corradini, abadesa del monasterio benedictino, dedicado a San Raimondo. “Despertamos a la ciudad”, sonríe. Dado este interés, comenzó a abrir la iglesia a la catequesis. Han llegado cientos de personas. Y siguen aumentando. «Cuando llegué aquí en 2012», me dice, «el monasterio se caía a pedazos. La comunidad estaba formada por ocho monjas de más de ochenta años, muchas enfermas. En los primeros años me dediqué a reparar la casa y a ser médico». Porque la Madre María Emmanuel era doctora antes de entrar en el convento. Ahora el monasterio está completamente renovado, hay diez monjas, ocho jóvenes y dos ancianas, hay una casa de huéspedes que alberga grupos. «Es como si Dios me hubiera puesto a la humanidad en mis brazos», me dice. Como una madre con un niño.

Un amigo me dijo: «Si quieres hablar sobre la maternidad, debes conocerla». Fui a conocerla.

¿Qué significa para usted, que no ha dado a luz, ser “Madre”?

La maternidad no es un hecho físico, sino de corazón. También puedes tener diez hijos y no ser fecunda, no saber generar vida.

¿Qué significa “generar vida”?

Significa presentar al otro la vida, amarla, presentar el bien y la belleza. Para nosotros, los creyentes, significa descubrir al Señor en la vida. Para una persona consagrada es como si Dios pusiera a la humanidad en tus brazos y te dijera: “Estos son mis hijos, para ser generados”. Es oración: ser mediadores entre Dios y los hombres.

Mucha gente la busca. ¿Qué le piden?

Últimamente llegan personas que han notado que su fe no resiste a las inconveniencias de la vida. Muchos llegan después de la *Lectio* mensual que comencé a hacer. Descubren la necesidad de ir a lo profundo del

propio cuerpo y el conocimiento de sí. Porque sin vida espiritual, la vida no puede sostenerse.

¿Cómo comenzó este encuentro con tanta gente?

Cuando llegué aquí tuve que trabajar, los primeros años, para arreglar la casa de Dios. Luego comencé a impartir la palabra de Dios a la comunidad todos los días, a hacer una *Lectio* en Laudes, porque es la Palabra que forma la comunidad. Y casi milagrosamente, esta iglesia, que había estado cerrada durante 7 años, comenzó a llenarse: a las 6.45 a.m. para Laudes y luego para la misa. Un milagro que crece todos los días.

Usted ha dicho que “para ser padres y madres, debemos redescubrirnos hijos”. ¿Que significa?

Así comienza la regla de San Benito: “Escucha, hijo”. Dios siente la necesidad de tener una relación con nosotros y nos pide que escuchemos. Todo el Antiguo Testamento insiste en esto: “Escucha, Israel”. Y también lo dice hoy: “Escucha, detente porque quiero hablar contigo”. La verdadera escucha es poner al otro dentro de uno mismo. Pero esta escucha no es una orden. Dios no nos trata como esclavos, sino como hijos.

¿Por qué para ser madre hace falta ser hija?

Necesitamos descubrir nuestra identidad, nuestra necesidad de ser generados. Quien oculta su propia identidad, corta una parte de sí mismo. Antes nos definíamos diciendo: “Soy el hijo de José, de Mario”. Ahora ya no se sabe de quién eres y, por tanto, no se sabe quién eres.

¿Qué hay que hacer para ser una buena madre?

No creo que se pueda ser buenas madres. Creo que antes que nada una madre debe ponerse a sí misma por lo que es. Decir: “No tengo una receta infalible. Tengo una vida que ofrecerte, hecha de debilidades, pero también de certezas”. La certeza de la existencia de Dios, del Bien, del hecho de que el otro debe ser respetado. Una madre no se pone delante del hijo. Lo carga consigo. Le muestra el camino, lo hace con él. Querer reemplazar al hijo en dificultades está mal, porque la vida es un gimnasio: educa. Una madre cristiana ante todo le da a su hijo los elementos esenciales: la presencia de Dios,

la oración, el respeto y el amor al prójimo. Luego, el hijo crece haciendo una comparación y descubriendo que ciertas cosas son buenas para él y otras no.

Las madres están llenas de preocupaciones. ¿Le sucede a usted?

Me sucede cuando no me fio totalmente de Dios. Hay un momento en el que podemos entender, debemos creer. Como María. También ella algunas veces no comprendía. Como madres a veces sentimos el peso de la vida que hemos generado y que es más importante que nuestra vida misma. Por lo que tememos por la vida del otro. Pero hay momentos en los que se entiende que no puedes sustituir al otro. Debes dar un paso atrás, como María en el Templo. Frente a las hijas que me han sido confiadas, entiendo que es en la oración que las llevo y las transformo. A menudo digo a las madres: está el momento del crecimiento, pero también ese en el que deberás dejarlo ir. Y la modalidad con la que podrás seguirlo, incluso de lejos, es la oración. Entregarlo a Dios. Ha escrito: “Hay un miedo casi traumático frente a la fertilidad”. ¿Qué significa?

Si uno se conoce a sí mismo, conoce sus límites. No podemos vender manzanas podridas. La fecundidad que llevamos debe ser sufrida en la carne. Generar al otro a la fe es parto. Implica sufrimiento, incluso lágrimas. Delante de los que vienen aquí, debo ser sincera. No puedo, para conquistar a una persona, no decirle la verdad. Y decir ciertas cosas, a veces duele, puedes perder a una persona. ¿Cómo llegó aquí?

Estudié medicina. Luego, a los 21 años, durante la universidad, el Señor me llamó. Quería ir al convento, pero había problemas y no pude. Comencé a trabajar en el Instituto de Enfermedades Infecciosas de Reggio Emilia. Estaban los primeros casos de SIDA, en un estado avanzado. Vi una humanidad rota, enojada, que gradualmente se reconcilió consigo misma. No he visto morir a nadie sin ser reconciliado. Vi madres que, después de treinta años sin ver a su hijo, lo tomaban en sus brazos y lo besaban, sin temor a infectarse. Esto tocó mi corazón. Comprendí que Jesús no permite que a ninguno de sus hijos se lo lleven. Él dice la última palabra.

¿Echa de menos no tener un hijo carnal?

No, porque nunca me ha faltado la plenitud del amor. A veces sucede, lo veo en mis hermanas, sentir el deseo de un esposo, especialmente de un hijo. Pero la plenitud que Cristo me dio y que encontré en esta humanidad sufriendo que es como si me la hubieran dado, es tal, que no siento esta falta.

¿Cómo hacer para no temer cometer errores?

No está mal tener miedo. Te permite decir: “Señor, te necesito, muéstrame el camino”. La falta de esta actitud es el origen del desconcierto actual: hoy nadie pregunta, todos piensan que son superhéroes. Tenemos miedo al miedo. Pero es una dimensión que debe ser alimentada, significa que el otro es importante para nosotros. No tengo medicina para todo, no soy Dios en la tierra. Entonces tengo que ponerme de rodillas para pedir el don del Espíritu. Y se necesita paciencia para comprobarlo. Pero si rezas y encomiendas a un hijo, incluso si la elección resulta ser incorrecta, el Señor te lleva a un final triunfal. Porque no tenías la presunción de hacer todo por ti mismo.



El amor por mi “cachorro” es sentimiento, no instinto

DE GIORGIA SALATIELLO

Es posible hablar del sentimiento materno en un momento histórico-cultural en el que se cuestiona la figura de la madre (llevada por muchos a la consideración de «progenitor 2»)? Sí, de hecho es un deber, pero antes que nada es necesario distinguir el sentimiento maternal del instinto maternal. Este último es común a casi todas las especies animales y, desencadenado por mecanismos biológicos que llevan a las hembras a cuidar a los cachorros, está sujeto a límites temporales y desaparece cuando el cachorro se vuelve independiente. Las enormes diferencias entre este instinto y el amor maternal, exclusivamente humano, son dos y pueden resumirse en una declaración: el amor maternal no está dirigido al «cachorro», sino al «hijo». Esto significa, en primer lugar, que no hay plazos relacionados con el tiempo y el crecimiento: el sentimiento que tengo por mi hijo (36 años y largas piernas peludas) no es menos intenso que lo que sentí por mi niño, es decir, cachorro.

El cuidado material hoy ya no es un compromiso para mí, y pasan períodos de tiempo, incluso largos, sin que vea a mi hijo. La cercanía ahora está en otro nivel y es la que me hace responder rápidamente al teléfono cuando veo aparecer su nombre: ¿cómo estás? ¿Necesitas hablar conmigo?

Las dimensiones involucradas en esta relación hoy son dos, la psicológica y la espiritual, alimentadas por la gran afinidad de nuestros intereses intelectuales y culturales.

Es cierto que han permanecido los apodos de cuando era pequeño, pero son un juego conscientemente compartido.

En segundo lugar, pero no menos importante, significa que el amor maternal no depende necesariamente de la procreación biológica y puede dirigirse hacia personas que no están relacionadas por parentela. La «maternidad espiritual» no implica vínculos derivados de la procreación, pero, por parte de la madre, puede verse como un acompañamiento que se hace cargo del crecimiento humano y espiritual del hijo que se confía y pide un apoyo hecho de cercanía y acogida. Este acompañamiento puede ser ofrecido por los hombres, pero sus características se encuentran entre las tradicionalmente consideradas femeninas y esto ilumina el hecho de que femenino no solo significa de las mujeres, sino que se refiere a rasgos universalmente humanos por los cuales las mujeres tienen una inclinación mayor y más inmediata. El énfasis puesto hoy en el sentimiento materno plantea una pregunta: ¿es un hecho de los tiempos, nuevo, o siempre ha sido en la vida de las mujeres? Entendido como unión entre la madre y el hijo, siempre ha existido. Pero es cierto que hoy las mujeres poseen una mayor conciencia de sí mismas y de sus sentimientos, y esto las lleva a reflexionar con mayor lucidez sobre un vínculo que, aunque no agotando la identidad femenina es fundamental para ella, marcándola en profundidad e indeleblemente.

La mujer-madre: del cielo al desierto

El uso figurativo sobre la maternidad enriquece los textos bíblicos

DE LOURDES GARCÍA UREÑA

El signo de la mujer ha sido fuente de inspiración de los artistas y objeto de investigación de los exégetas. Presentamos aquí una nueva interpretación a la luz de las palabras de Juan. Por eso, haremos un lectura pausada y detenida del texto.

Después de que la tierra se ha visto agitada por una tormenta y un terrible terremoto (Ap 11,19), Juan nos cuenta: “Una gran señal apareció en el cielo (Ap 12,1a)”, y así nos prepara para contemplar una nueva visión, diferente a las demás. Primero nos anuncia que se trata de un fenómeno extraordinario: una gran señal y después nos explica que acontece de forma inevitable, como algo ajeno al vidente, pues no usa la fórmula ‘y vi’ que emplea en otras visiones, sino ‘apareció’, literalmente ‘fue vista’, ya que en griego encontramos la forma pasiva del verbo ver: ‘ofthe’. Esta expresión ‘apareció o fue vista’ aparece en el Antiguo Testamento en contextos específicos donde se introduce una teofanía. Así con tan solo tres palabras Juan nos anuncia que lo que vamos a contemplar es algo realmente fuera de lo común, que procede de Dios y que tanto Juan y como nosotros, la comunidad que lee o escucha el Apocalipsis, tenemos el privilegio de ver.

Antes de que comience la visión, el vidente menciona el lugar donde tiene lugar ese signo extraordinario: el cielo. La mención del cielo supone un notable e inesperado cambio de escenario, pues en los versículos anteriores hemos contemplado una tremenda tormenta acompañada de un gran terremoto. Nuestra mirada por tanto debe dirigirse hacia el cielo. El cielo es presentado en el Apocalipsis como el espacio creado por Dios (Ap 10,6), donde Él habita junto con su corte celestial y sus ángeles (Ap 4,1-6; 10,1). Es en este cielo, el espacio donde Dios y los ángeles habitan, donde se enmarca la visión.

A continuación, el vidente nos describe en qué consiste ese signo extraordinario: “una mujer envuelta en el sol, la luna a sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (Ap 12,1b).

Quizás la aparición de la mujer en el cielo no resulta tan impactante para el lector moderno, no así para Juan y la comunidad que escuchaba el Apocalipsis. Como sabemos, la mujer no solía desempeñar un papel relevante en las comunidades judías, ni tampoco en las nacientes comunidades cristianas. De hecho, hasta Ap 12,1 la mujer no ha sido protagonista de las visiones. Juan ha visto a Dios con su corte celestial, ha visto al Cordero, los cuatro jinetes, la plaga de langostas, los dos testigos etc., pero no una mujer. De hecho, el vidente solo menciona una en la carta a la iglesia de Tiatira (Ap 2,20): Jezabel y lo hace en sentido negativo, pues enseña

a los creyentes a prostituirse. La otra perícopa donde se nombra a la mujer es para describir los cabellos de las langostas (Ap 9,8). La presencia, pues, de la mujer resulta novedosa. Juan permanece absorto ante ella y, como balbuceando, empieza a describir poco a poco su peculiar atavío.

La técnica descriptiva de Juan es la misma que utiliza en otras descripciones de personajes con el fin de dar realismo y veracidad a su relato: tras indicar el lugar donde acontece la visión e identificar al personaje, describe lo que ve y concretamente lo que resulta más llamativo. En este caso, el sol que la envuelve, los pies y finalmente su cabeza.

La primera pregunta que surge es si la traducción de ‘envuelta’ es la adecuada o si debía se ‘vestida’ como proponen la mayor parte de las traducciones de la Biblia. Ambos significados están constatados en griego clásico y en el griego de la Septuaginta para el verbo peribállo. Aunque desde un punto de vista poético, ‘vestir’ podría parecer la interpretación más adecuada, sin embargo, el verbo griego *peribállo* no va acompañado de un complemento que se refiera al vestido como túnica o sábana que sí encontramos en otros textos del Nuevo Testamento (Mc 14,51; 16,5; Jn 19,2; He 12,8; Ap 3,5) cuando significa ‘vestir’. En Ap 12,1 el verbo es acompañado de un elemento del firmamento como sucede en Ap 10,1 (vi un ángel *peribeblo ménon* envuelto en una nube). El complemento es determinante para establecer el significado. Por esta razón, el significado del verbo *peribállo* es ‘envolver’, es decir, ‘cubrir una persona parcial o totalmente ciñéndolo con una cosa’. Esta interpretación es más coherente con el realismo que Juan pretende dar a su visión, ya que dentro del marco del relato donde Juan transmite una experiencia mística es posible que el vidente contemple en el cielo una mujer rodeada por el sol.

Después Juan se fija en sus pies como en otras descripciones de personajes donde los pies sobresalen por alguna razón (Ap 1,15; 2,18; 10,1-2; 12,1; 13,2). Los pies en el Apocalipsis forman parte de una expresión que indica sumisión y respeto: postrarse a sus pies o ponerse en pie (Ap 1,17; 3,9; 11,11; 19,10; 22,8). Curiosamente Ap 12,1 integra ambos usos, aunque el último en sentido inverso: los pies describen a la mujer, pero a su vez indican la soberanía que ejerce sobre la luna. Esta aparece bajo sus pies y, por tanto, sometida a la mujer.

Con respecto a la corona, la corona aparece 8 veces en el Apocalipsis. Unas veces la corona es signo de victoria o recompensa (Ap 2,10; 3,11; 6,2), como la que recibían los atletas tras su competición; otras, elemento



integrante del culto y del sacrificio (la corona de los 24 ancianos, Ap 4,4.10), también es parte de un símil (Ap 9,7) y, finalmente, la corona es signo de autoridad (Ap 14.14). Por el contexto podemos deducir que la corona de la mujer pertenece a este último tipo. La corona que adorna su cabeza es símbolo de realeza y de autoridad. La mujer, por tanto, es presentada como reina del cosmos, con palabras de Adela Yarbro Collins.

Junto a los elementos analizados (la figura de la mujer, sus pies y su cabeza) aparecen el sol, la luna y las estrellas. Si se tiene en cuenta la tradición bíblica, la mención de esta triada es una audaz expresión: el sol, la luna y las estrellas son las tres criaturas celestes creadas por Dios (Sl 8,4) que se habían postrado ante José en sueños (Gén 37,9); a las que, más adelante, Dios prohíbe rendir culto (Dt 4,19) y, por eso, castiga a quienes le desobedecen (Jr 8,2). Frente a esta lectura, el libro de los Salmos se apoya en ellas para que el orante exprese su alabanza a Dios (Sl 148,3: alabadle, sol y luna // alabadle, todas las estrellas radiantes). En Ap 12,1 el sol, la luna y las estrellas engalanan a la mujer, le otorgan su resplandor, pero aparecen sometidas a ella como en Gn 37,9. La soberanía y autoridad de la mujer es innegable.

Muchas han sido las interpretaciones que ha recibido la mujer de Ap 12,1. En ella se ha visto la figura de María, de la naciente comunidad cristiana, de la Iglesia, etc. A mí me gustaría proponer hoy otra diferente, teniendo en cuenta que, esta visión se nos presenta (‘apareció’) hoy invitándonos a contemplarla y a reflexionar sobre ella. La clave de mi interpretación son las palabras que Juan añade inmediatamente después: ‘está encinta’ (Ap 12,2). Estas palabras explican el sentido de ‘la gran señal’.

¿Acaso la mujer en el cielo, la mujer envuelta en el sol no expresa los sentimientos y el estado de la mujer que

descubre por primera vez su maternidad? El hijo es su sol, pues, alojado en su seno, la envuelve completamente, la transforma e incluso la embellece hasta tal punto que Juan se olvida de decirnos que está embarazada. El resplandor del sol que emana de ella es el reflejo de su maternidad. Ella se siente efectivamente en el cielo mientras ejerce su dominio sobre la luna. La luna en el mundo bíblico está directamente relacionada con el calendario civil en el antiguo Israel y, por tanto, con el quehacer diario. Este queda sometido a la mujer, relegado a un segundo plano, pues la prioridad es su hijo. En su cabeza ya solo rondan doce estrellas: sus ilusiones, sus deseos, sus sueños sobre ese hijo que va a nacer. La mujer en el cielo es, pues, la mujer-madre. Es su maternidad la que la convierte en la reina del cosmos ¿qué mayor realeza y mayor poder que la capacidad de concebir, gestar y dar a luz una nueva vida?

Sin embargo, la contemplación de esta bella escena dura unos instantes y como sucede en la vida real, tras la ilusión del embarazo, se sucede el dolor del parto. Curiosamente dejamos de contemplar a la mujer y en cambio, ‘oímos’ los gritos del parto. Juan recurre a una imagen acústica, el grito de dolor para otorgar de nuevo realismo al relato, pues no hay parto sin dolor (al menos en la antigüedad): “grita al sufrir los dolores del parto y los tormentos de dar a luz” (Ap 12,2).

Inmediatamente después la mujer del Apocalipsis da a luz en el cielo, donde inesperadamente aparece un dragón que pretende devorar al hijo apenas nazca (Ap 12,4). También hoy la dicha de la mujer que va a ser madre se ve amenazada. Siempre hay un dragón: el dragón de una estructura social que dificulta el sostenimiento y la educación del hijo, el dragón del puesto de trabajo que amenaza con un despido, el dragón del padre que

Abadía de Saint-Savin-sur-Gartempe. Pintura del pórtico occidental: Apocalipsis, la mujer y el dragón.

La autora

Nacida en Madrid, ha realizado el doctorado en Teología (PUSC, 2003) y en Filología clásica (Universidad de Córdoba, 2009). Actualmente es profesora titular de cátedra de la Facultad de ciencias humanísticas y ciencias de la comunicación en la universidad CEU-San Pablo de Madrid. Ha realizado diferentes periodos de investigación en universidades prestigiosas como Harvard, Yale, Oxford, CSIC e l'École biblique et archéologique française.



William Blake
«El Gran
Dragón Rojo y
la mujer vestida
de sol» (detalle,
1805-1810)



«La mujer y el
dragón» detalle
de los frescos de
la basílica de
Santa Caterina
de Alejandría
(Galatina)

rehúsa su paternidad, el dragón de la comodidad que ve el hijo como una carga, el dragón de la banalidad que contempla al hijo como una equivocación.

No obstante, el amor es más fuerte que el terror y la mujer da a luz, pero su hijo le es arrebatado (Ap 12,5). Tras perderlo, asistimos a un cambio drástico, frente a la mujer reina del cosmos, contemplamos ahora una mujer indefensa que tiene que huir. El cielo ya no es un hábitat posible, su sol le ha sido arrebatado junto al trono de Dios (hoy es la vocación del hijo; el trabajo; la enfermedad; la muerte). Por ello huye al desierto, el único lugar que responde a lo que siente por la pérdida del hijo: “Entonces la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la alimenten durante mil doscientos sesenta días” (Ap 12,6).

El desierto es siempre un lugar inhóspito. Así lo describe el libro de Deuteronomio: ‘grande y terrible, con serpientes venenosas y alacranes, por un secarral en el que no hay agua’ (Dt 8,15). En efecto, el calor, la intensidad del sol, la ausencia de agua, de vegetación, de personas hacen que la vida sea un desafío y que sienta la soledad. Sin embargo, el desierto en el mundo bíblico no siempre encierra connotaciones negativas:

El desierto es un lugar de refugio. Agar buscó el desierto para librarse de Sara (Gn 16,7), como también Moisés ante la persecución del faraón (Ex 2,15-3,1) o Elías ante Jezabel (1 Re 19,4). Es en el desierto donde el profeta recibirá alimento y fuerza para volver y llevar a cabo la misión que Dios le pide (1 Re 19,5-16).

El desierto es lugar de reflexión, de renovación interior, de reentrenar el amor. Son significativas las palabras que Dios dirige a su pueblo: ‘Yo mismo la seduciré, la conduciré al desierto y le hablaré al corazón’ (Os 2,16) y es allí donde renovará su alianza: ‘Te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Señor’ (Os 2,22).

Esta imagen del desierto como refugio, como lugar de reflexión, es la que parece hacerse presente en Ap 12,6, ya que la mujer no se dirige a cualquier parte del desierto, sino aquél que Dios le ha preparado. Es allí donde la mujer aceptará la pérdida del hijo. Pero necesita tiempo, tiempo para recuperar como Elías sus fuerzas y descubrir un nuevo modo de vivir la maternidad, cuando su hijo está ausente. El desierto es una nueva etapa pero no definitiva, estará allí: mil doscientos sesenta días, es decir, tres años y medio según el lenguaje del Apocalipsis.

En este desierto seguirá sintiendo la amenaza del dragón, pero está tranquila porque se le han otorgado dos grande alas como las del águila (Ap 12,14). No es la primera vez que se mencionan las alas en la Escritura (Ex 19,4; Is 40,31) y se presentan como medio para volar, trascender, alejarse de lo inmediato, unirse a Dios y recomenzar. La mujer alada volará y en su vuelo redescubrirá el sentido profundo de su maternidad.

El signo, pues, de la mujer nos habla de la mujer madre y de las etapas de su maternidad: el cielo ante la llegada eminente del hijo y el desierto, cuando se lo arrebatan. No obstante, el desierto no es la etapa definitiva, allí recibe unas alas que le permiten redescubrir el misterio profundo de la maternidad que le confiere para siempre el título de reina del cosmos.

El niño fabricado

DE RITANNA ARMENI

El debate sobre la maternidad subrogada divide a las mujeres

La fábrica produce niños hermosos y saludables. Para tenerlos basta pagar. Cada uno tiene un precio. Si nace de una madre blanca, es mayor, pero las blancas disponibles para vender el producto bien conservado y protegido nueve veces en su vientre, son pocas. Las mujeres que ponen a disposición su útero proceden de países más pobres. De Filipinas, por ejemplo.

Si quieres saber cómo funciona la producción moderna de niños; si queréis comprender cómo, en muchos países «avanzados», se cree que se puede sustituir la maternidad, leed *The Farm*. Las novelas explican mejor que muchos ensayos. Joanne Ramos, la autora, nos lleva a Olden Oaks, una clínica de lujo que parece una *beauty farm* en el estado de Nueva York, donde los blancos de la clase alta estadounidense pueden «encargar» a su «hijo». No es difícil. Exponen sus deseos, firman un contrato lleno de cláusulas y distinciones y, después de nueve meses, reciben el «producto» solicitado. Hasta entonces creció en el útero de una mujer, fue cuidado, tiene todos los órganos en su lugar. Para llevarse lo hace falta solamente un bonito carrito. Caro y de moda, suponemos. ¿Quién hizo ese niño? ¿Por qué lo hizo? ¿Qué se siente después de dar a luz? *The farm* habla de las mujeres que han cuidado durante nueve meses el «producto» encargado. Mujeres que dan a luz pero que no serán madres. En los nueve meses que pasaron en la clínica, fueron cuidadas, monitoreadas y supervisadas. La calidad del producto dependía de su «funcionamiento» y tenía que ser perfecto. A cambio del servicio ofrecido reciben dinero, mucho, para ellas que son pobres inmigrantes y que no han encontrado otra manera de ganarse la vida. «¡El trabajo es fácil y el dinero es mucho!», dice Jane, una de las protagonistas, que dejó a su hija para producir un hijo para su cliente.



Sylviane Agacinski



No contaremos la trama de *The farm*. Del mecanismo perfecto e infernal que la rige. De cómo cambian los sentimientos, cambian las situaciones, interviene el destino, el cuerpo no siempre obedece. Dejamos esto a la lectura. Digamos que el libro, que ya es un éxito notable en los países anglosajones y que saldrá en primavera en Italia para Ponte alle Grazie, no es una novela distópica, no cuenta un futuro imaginario y aterrador que podría venir, sino que habla del presente, de cómo la maternidad se está transformando, de lo que ya sucede en muchos países del planeta, donde los niños son producidos, negociados y comprados, como cualquier otro objeto. Un mundo real en el que la maternidad ya se ha convertido en «otro» y este «otro» abre escenarios en los que no solo se trata de ser madres sino de los pilares fundamentales de la vida, de la relación con el cuerpo, con hombres y mujeres, con la civilización como la hemos conocido hasta ahora.

¿En qué se convierte un mundo en el que los niños se compran, las madres son puestas a la venta, el cuerpo se convierte en objeto de contratación? Un mundo en el que la Gpa, «la gestación subrogada», como se llama hipócritamente, se convierte en uno de los modos, para muchos el más cómodo, para otros (los homosexuales) el único posible para «tener» un niño?

La cuestión está abierta en todo el planeta entre discusiones, críticas quejas, protestas, propuestas de ley. Son muchos los que la apoyan y en nombre de los buenos sentimientos: la Gpa responde al deseo de paternidad de muchos, da respuesta a un amor, ese por los niños que de otra manera sería reprimido, da a muchos niños la posibilidad de tener padres que puedan ocuparse de ellos y a muchas mujeres la ocasión de hacer un regalo.

¿Pero es realmente así? Sylviane Agacinski, filósofa francesa que siempre ha estado comprometida con los grandes temas de la bioética, ha escrito un folleto en el que aborda la cuestión. En *L'homme désincarné, du corps charnel au corps fabriqué* expone conceptos claros y problemas inevitables. La civilización moderna, dice, se basa en el hecho de que el cuerpo humano es indisponible.

El uso de órganos femeninos en el Gpa es, en cambio, «una forma de servidumbre y esclavitud sin precedentes». La prueba está seguramente en el hecho de que son los

pobres del mundo quienes lo sufren y son los ricos y las ricas quienes compran su cuerpo y el niño que producen.

Pero Sylviane Agacinski va más allá. Discute el razonamiento benevolente en la base del Gpa. ¿Es suficiente el deseo, la intención de ser padres para pretender ser tales? ¿Es el deseo incorpóreo lo que importa? ¿Y entonces el cuerpo? El cuerpo –dice– no es solo un instrumento efectivo y extraordinario a nuestra disposición, el cuerpo somos nosotros, por lo tanto, no puede ser reemplazado por otro cuerpo incluso si este último obedece a nuestras intenciones y nuestros deseos. La intención, el deseo de tener un hijo no es suficiente, no son la base del proceso de filiación. La naturaleza está allí y aún conserva su valor.

Agacinski sabe que existe una fuerte tendencia en otra dirección, la liberación de la carne, la muerte de la generación sexual. Sabe que de esta manera se expresa hoy la voluntad de dominio sobre la naturaleza. Pero denuncia los peligros, los límites, la imprudencia. La cuestión de «Gestación subrogada», la inversión de la idea y de la realidad de la maternidad no es una cuestión como tantas otras, sino que una tendencia de la modernidad en la que las tecnologías y el pensamiento ultraliberal pueden (¿están?) cambiando, eliminando los fundamentos de la vida y de la civilización. Si se puede nacer de manera diferente, la diferencia sexual es irrelevante. También esa puede ser elegida por el deseo. «Nuestro cuerpo de carne es nuestro, pero no nos pertenece como cualquier objeto, es más bien una propiedad inalienable que no se puede dar o vender, como una bicicleta o una casa. La confusión entre las dos cosas está respaldada por la ideología liberal que quiere persuadirnos de que debido a que nuestro cuerpo nos pertenece, somos libres de hacer lo que queramos», concluye.

Palabras claras y una duda para quien escribe: ¿las feministas también se equivocaron cuando gritaron «el útero es mío y lo gestiono yo» cuando reclamaron la propiedad de su cuerpo? No, no estaban equivocadas, asegura. Afirmar «nuestro cuerpo somos nosotros» no significa decir que nos pertenece como cualquier objeto, sino precisamente que es persona y, por lo tanto, no es alienable. Los seres humanos son su cuerpo. No se limitan a poseerlo. Parece obvio, pero hoy esto se cuestiona.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid • www.upsa.es

DOBLES GRADOS

- ✓ Ingeniería Informática + ADET
- ✓ Periodismo + Comunicación Audiovisual
- ✓ Publicidad y RR.PP. + Marketing y Comunicación

ESTUDIOS

- › Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas
- › CC. de la Actividad Física y del Deporte
- › Comunicación Audiovisual
- › Derecho Canónico
- › Enfermería
- › Filosofía
- › Fisioterapia
- › Ingeniería Informática
- › Logopedia
- › Maestro en Educ. Infantil
- › Maestro en Educ. Primaria
- › Marketing y Comunicación
- › Periodismo
- › Psicología
- › Publicidad y RR. Públicas
- › Seguros y Finanzas
- › Teología

MÁSTER UNIVERSITARIO / MÁSTER / EXPERTO / CURSO DE POSGRADO

- ✓ Curso de Formación Pedagógica y Didáctica (equivalente al Máster)
- ✓ Máster en Terapia Orofacial y Miofuncional
- ✓ Experto en Mediación Familiar
- ✓ Experto en Orientación Familiar
- ✓ Máster Universitario en Orientación y Mediación Familiar
- ✓ Máster en Musicoterapia
- ✓ Experto en Big Data
- ✓ Máster Universitario en Informática Móvil (MIMO) online
- ✓ Máster Universitario en Diseño Gráfico y de Interface para nuevos dispositivos
- ✓ Experto en Transformación e Impulso de Empresas
- ✓ Máster en Big Data & Analytics
- ✓ Experto en SAP Business One
- ✓ Máster en Formación Clínica Logopédica

